

# MIRET MAGDALENA

## RUMORES ROMANOS (II)

Las noticias sensacionalistas no tienen valor; pero los hechos persistentes, que producen un impacto negativo entre las personas de buena voluntad, sí. Y todos debemos ayudar a desterrarlos con nuestra crítica, porque «hay una Iglesia penitente que no oculta sus faltas, sino que las deplora» (Pablo VI, 18 agosto 1966). Por eso es preciso recordar estos datos recogidos en Roma, entre los que se cuenta que en estos últimos meses cinco grandes teólogos —y peritos del Concilio varios de ellos— han sido amonestados por el nuevo Santo Oficio, que no acaba de olvidar sus antiguos procedimientos inquisitoriales.

Han sido el renovador jesuita holandés Schoonenberg, el equilibrado redentorista alemán B. Haering, el sacerdote germano Hans Küng, el delicado francés René Laurentin, y ahora nos enteramos que también se encuentra bajo los tiros de este tribunal eclesiástico el famoso Padre Eduardo Schillebeeckx, O. P.

Se encuentra este último bajo la acción «de una especie de proceso como sospecho de herejía», según ha confesado él mismo a la prensa extranjera. El moderadamente abierto teólogo del Cardenal Alfrink —y, en general, de todo el episcopado holandés— tiene que sufrir la suspicacia de los dicasterios romanos. Además, los Padres Schillebeeckx y Chepu —los dos más famosos teólogos dominicos— no podrán participar en una reunión de moralistas en Alemania sobre la *Humanae Vitae* porque sus superiores se lo han prohibido.

Los otros cuatro teólogos han rehusado presentarse en Roma, y nadie les ha urgido su presencia en las oficinas del ex Santo Oficio porque —por más que algunos quieran— no pueden ser ya éstos los duros tiempos del penoso final de Pío XII.

La línea de este Pontífice —de Pío XII—, abierta y optimista hasta pocos años antes de su muerte, se repite demasiado brevemente, para nuestro gusto de libertad, en la actualidad. Parece como si se estuviera convirtiendo Montini Papa al pesimista final del Papa Pacelli, el que fue mentor y educador del Montini diplomático.

Ninguno de ellos —ni Pío XII, ni Pablo VI— se asemejan en su actitud a la del optimismo sereno y firme del campesino Juan XXIII, que tenía la gran ventaja de mirar todo con amplia perspectiva histórica. Porque Roncalli no fue un ignorante, como se ha dicho, sino un estudioso investigador de la historia, y sabía, por eso mismo, que en la Iglesia los fallos son inevitables y los cambios, imprescindibles. Nunca se le ocurrió tampoco dramatizar esta necesaria situación inestable, que fue casi siempre la más usual —y la más conveniente— en la Iglesia.

Pablo VI está pasando una época de preocupación, según todos los síntomas, inducida —según serias referencias— por un pequeño núcleo de colaboradores formado por personas de rígida visión, entre los que se cuenta su secretario particular, Macchi. Situación que tiene extraña semejanza con el equipo de que se rodeó Pío XII sin atender suficientemente a la mayor universalidad de otros consejeros mejor calificados. Haering lo afirma así: «Quiero manifestar mi dedicación al sucesor de Pedro, y por amor a él debemos clamar: "rescatad al Papa"; porque no debe caer en manos de una pequeña minoría». Y Schillebeeckx, O. P., denuncia con energía en el periódico católico *De Tijd*: «Creo que el Papa Pablo VI es el prisionero de cuatro o cinco Cardenales, que todo el mundo sabe quiénes son, y que con su actuación parecen estar demoliendo la Iglesia. Y dada la información unilateral que el Papa recibe, él ha llegado a la convicción de que es preciso hacer una política eclesiástica intransigente».

Se ha hablado en todo el mundo de la probable dimisión de Pablo VI cuando pasen los cuatro años que le faltan para la edad tope, que él mismo ha marcado a todos los Obispos del mundo. Gesto que entraría dentro de su temperamento, amigo de las actitudes significativas, como fueron sus viajes a Jerusalén, India y la O. N. U.; su costumbre de besar la tierra cuando llega a un nuevo lugar, o visitar la tumba de San Celestino V, el único Papa que abdicó.

En estos días corre también en Roma el rumor —con visos de verosimilitud— de que el Cardenal Seper —nuevo dirigente máximo del antiguo Santo Oficio— ha presentado su dimisión al Papa porque se sabe —y esto es seguro— que Ottaviani sigue

actuando desde su despacho prácticamente como si no hubiera sido relevado de su cargo. «Ottaviani continúa trabajando todos los días en el Santo Oficio», dice Laurentin.

Y en medio de este poco transparente oleaje romano, la crisis religiosa continúa de puertas afuera, visible sobre todo en Norteamérica. Allí está la situación tan tensa que cuatro Cardenales se han presentado en la Santa Sede para recibir instrucciones del Papa. El vehemente y autoritario McIntyre, Cardenal de Los Angeles; el temeroso John Krol, cardenal de Philadelphia; el conservador John Cody, de Chicago; el poco liberal O'Boyle, de Washington, se personaron en Roma. Dos de ellos —McIntyre y Krol— vieron al Papa, tras estar todos una hora con el Secretario de Estado el 13 de agosto último. La visita se ha mantenido en secreto, pero en Roma todo se sabe, y por eso los periodistas americanos han podido dar la noticia. El resultado no se conoce, pero se cree que —a juzgar por lo ocurrido en Inglaterra— no se atreverán a extremar las medidas contra los sacerdotes que han adoptado una actitud inconformista hacia las severas indicaciones de Pablo VI acerca del control de natalidad. En Gran Bretaña —por ejemplo— ha sido levantada la suspensión de celebrar Misa, confesar y predicar que pesaba contra el informista Padre Weir, y se piensa que no llevan instrucciones demasiado rígidas o tan duras como las que acostumbraban estos dirigentes eclesiásticos americanos, chapados todavía al viejo estilo.

Si la Iglesia «está ardiendo —en América y en otros muchos países— por causa de los teólogos», como dice el Cardenal O'Boyle, este fuego no se apagará acallándolo, sino resolviendo los problemas de fondo que existen en la propia Iglesia.

Un jesuita americano —el Padre N. J. Rigall— plantea con agudeza el nudo de la cuestión, que resumo a continuación. El Padre Curran, próximo presidente de la Sociedad Teológica Católica en U. S. A., y el actual, Monseñor Vaughan, están en radical desacuerdo en una básica cuestión: qué sea el ser católico. Para este último «rechazar la encíclica es rechazar el magisterio», y para aquél se puede creer todavía en la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, aunque no se acepte este documento pontificio.

Por eso dice el Padre Rigall: «Ninguna cosa mejor que estas encontradas posturas muestran el estado de subdesarrollo en que se encuentra la teología en este campo que se refiere a lo que sea el magisterio y la ortodoxia».

A fuerza de repetir fórmulas puramente jurídicas, demasiado tajantes y con poca precisión histórico-dogmática, hemos llegado a crear un estado confuso de opinión entre creyentes y no-creyentes: nadie sabe ahora lo que es ser católico. O mejor: todo el mundo cree saber perfectamente lo que sea la profesión de catolicismo, pero existe una divergencia penosa entre lo que unos y otros piensan acerca de esta importante y decisiva cuestión.

Tres católicos conservadores norteamericanos —los Padres Grisez, Bozell y Vaughan— mantienen una de estas tesis: 1) Quien no sea un dócil seguidor en todo del Papa —un papista, como se dice en U. S. A.— no es católico. O bien: 2) Quien no acepte la encíclica sobre el control de natalidad es un cismático.

Pero el Cardenal Alfrink, por su lado, ha dicho que una encíclica no puede ser razón suficiente para ser cismático; y ya seiscientos teólogos católicos norteamericanos afirman: «La enseñanza usual de la Iglesia —no la de los progresistas, sino la que es obligatoria para todo católico— dice que los católicos pueden disentir de las enseñanzas autoritativas del magisterio cuando no sean infalibles, y siempre que existan suficientes razones para ello».

Lo que se impone, por tanto —seamos sinceros—, es una clarificación de aquello en qué consiste ser católico; qué es lo que se requiere para poder ser uno llamado así con todo derecho. Porque cada uno de esos dirigentes eclesiásticos —prelados o teólogos— tienen ideas contradictorias acerca de lo que significa esta palabra. Y así el catolicismo, que se nos había dicho que era una cosa muy concreta —más concreta, por ejemplo, que el protestantismo—, empieza a no serlo en la mente de muchos. Y esta clarificación no se conseguirá si no es con un consenso eclesial unánime —no sólo entre los católicos latinos de hoy—, sino entre los de todos los tiempos y todos los países, según la regla tradicional de San Vicente de Lerins.